

martes-jueves, agosto

ABRAHAM NUNCIO

Yo tenía que estar en casa para la reunión prevista con mi madre, mis hermanos y Salas Prescott, el notario que siempre ha llevado los asuntos familiares. Pero enfilé hacia la de María Eduarda. Con la brizna de una de las hojas caídas de su árbol genealógico se compró una finca campestre en Villa de Santiago. Medio la escuché hablar de todo lo que ella había invertido en la casa, en su jardín, en su cuadra de caballos, para convertirla en un reportaje espectacular del *Architectural Digest*. Íntegro sólo registré su prolongado *bye*. *Bye* y no *ciao*, como suele hacerlo Selene.

En el camino de regreso me enajené al ruido acompasado de los limpiadores. El tramo era largo, pero ahora, de manera absurda, quería que se prolongara. Estaba dolido por la ausencia de Selene y me preguntaba la razón por la que no había estado conmigo para acompañarme. Llovía a torrentes. De repente un bache, un tumbo y la sensación de no estar solo. Eché un vistazo al retrovisor. Lo que vi me recorrió la espalda como un relámpago de nieve y estalló en mi cabeza: era el rostro de Selene. Me volví sin pensar que iba manejando. Perdí el control, el automóvil salió de la brecha y fue a caer en un atolladero. Mi aturdimiento se trenzó a mi estupor. Mentiría si te digo que hice movimiento alguno. El espectro de Selene habló antes de que yo pudiera decir nada.

1 N. de la E. Este capítulo ha sido tomado del libro 64 (2011), editado por la UANL.



—¿Estás bien?

La pregunta, con la serenidad que la hizo, era la de quien se dirige a un transeúnte desconocido que pierde levemente el equilibrio al cruzar la calle.

—Selene —dije con voz compartida por la duda, el llamado y la indagación.

—No soy Selene. Soy su hermana, Artemisa. Me pidió que viniera en su lugar a darte las condolencias por la muerte de tu padre. Tuvimos un accidente en el camino al aeropuerto y ella se lastimó una rodilla. En realidad no estaba previsto que yo viniera. Viajé con el boleto de ella.

Sonaba deshidratada y remota, todavía espectral. Yo seguía sin pronunciar palabra, tratando de distinguir lo real de lo irreal. *Artemisa*. El nombre rebotaba de un lado al otro de mi memoria. La noticia, sin embargo, me hizo reaccionar.

—¿Es de consecuencias?

—Es una fractura leve. Antes de trasladarme al funeral llamé a mi madre y me dijo que hoy mismo estará en casa. Usará una férula por varias semanas.

Las mismas inflexiones de voz, los mismos movimientos corporales, y sobre todo, la misma misteriosa, imantada belleza de Selene. No había el mínimo rasgo de diferencia entre ambas.

—Eres Selene —dije con la indecisión del venado que se acerca a un aguaje ajeno.

—No, nos parecemos demasiado. Somos gemelas univitelinas.

Me sentía como un niño que cree descubrir el truco del mago pero no alcanza a desentrañar la maniobra. Las condiciones en que se daba aquel extraño encuentro me imponían resignación. Así que me concreté a preguntar lo elemental.

—¿Y cómo apareciste sin que nadie nos diéramos cuenta?

—Llegué con la lluvia.

—Pero te mantuviste invisible, ¿y sólo hasta ahora es que recuperas tu forma física? —En mi sarcasmo afloró mitad la duda y mitad la incomodidad por la sospecha de que Selene —y no la Artemisa todavía inventada que tenía ante mí— me estuviera jugando una broma. Pero su respuesta cambió mi lógica.

—No, lo que pasa es que todos estaban tristes, y por la tristeza nadie notó mi presencia.

Siguió el silencio y la lluvia como su contrapunto.

Hice varios intentos por sacar el carro del atolladero. Imposible. Estábamos metidos en un enorme lodazal.

—¿Tienes idea de qué hacer? —me preguntó Artemisa.

Ahora era más Selene que nunca. Había perdido sus rasgos espectrales y asumía, desde su piel misma, la actitud de ser yo quien dijera la última palabra. Hice todo lo que pude para parecer diligente.

—No nos queda sino caminar hasta llegar a la carretera.

Mi madre y mis hermanos ya debían estar reunidos a esa hora con Salas Prescott.

Artemisa se quitó los zapatos. Quise decirle que no lo hiciera, pero su paso resuelto fue más rápido que mi intención. En ese gesto me transmitió un aire de autonomía que la apartaba de Selene. Abandonamos el auto y empezamos a caminar por la brecha. Casi al instante quedamos hechos una sopa. Me sorprendía la facilidad con que Artemisa andaba sobre los guijarros del piso. Más me sorprendió cuando la humedad y el viento le plegaron el vestido contra el cuerpo. Pretendí registrar sólo el efecto plástico, pero fue un autoengaño: en el suyo palpitaba el cuerpo de Selene, sólo que con matices de *cat-walk*. En el yate de Alfredo discutimos aquella fantástica noche de Acapulco el vocablo compuesto en inglés, *cat-walk*, y ni a ti ni a mí nos gustó, pero no se me ocurre otro para describir la naturaleza de sus movimientos. Me estremecí. Volví la mirada al suelo y me abandoné al caer de la lluvia. Así caminamos un trecho. De repente, Artemisa dio un paso en falso, cayó, se golpeó la cabeza y perdió el sentido. La secuencia fue demasiado rápida y del momento sólo te doy la escena que he podido reconstruir. Recuerdo haberle retirado la cabellera que le cubría el rostro. Lo hice con cuidado médico, pero también con un tacto que entrañaba nerviosismo. Dos deseos me cruzaron la mente: uno, que el rostro que iba yo a descubrir fuera el de Selene; el segundo, que fuera el de Artemisa. Fue éste el que descubrí. Nada había en Artemisa que no hubiera en Selene, sino la sensación de que sus rasgos pertenecían cada vez más a un ser diferente.

Como cuando miras la luna y su fulgor te concentra en ella, tomé el cuerpo de Artemisa y lo cargué en mis brazos sin apartar los ojos de su cara. Eché a caminar sintiendo más que pensando. Estrechaba a una mujer idéntica a la que amaba y eso, añadido a todos los sucesos que se desencadenaron desde la muerte de mi padre, me construyó a un presente casi animal. La diferencia entre Selene y Artemisa se borró en mis pulsaciones y en mi mente. De las dos hice una: la que tenía conmigo. A cada golpe de brisa, la humedad me hacía llegar la fragancia tratada por la química de su piel en la que había algo de infantil. Ese aroma la esencializaba como una Selene con otro nombre. Olfato, tacto, sensaciones primitivas hacían que más que transportarla la condujese en un prolongado e íntimo abrazo por un túnel líquido que me sustraía a la gravedad y a la conciencia. Así avancé por un tiempo indeterminado. ¿De dónde sacaba yo la fuerza para caminar con el cuerpo de Artemisa sin experimentar cansancio? No lo sé. Al final del túnel, los faros potentes de un tráiler me devolvieron al mundo de los seres reales. Habíamos llegado a la carretera. Detrás de ese tráiler venía otro, que nos condujo a la ciudad.

En el trayecto, ante un trailer respetuoso y discreto, las caricias me fluían de las manos a las mejillas y la cabellera de la otra Selene. Resultaron medicinales, pues con ellas fue recuperando el sentido. Bajamos para tomar un taxi. Me pidió que la llevara a casa de Elia. Antes de que lo hiciera yo había pensado en ese destino por simple asociación. Bajó sin requerir ayuda, entró en la casa cuando abrieron y con un seco *gracias, adiós* se despidió sin escuchar mi apenas audible *de nada*. ∞

